



XXI Concurso de Microrrelatos Mineros

Manuel Nevado Madrid

MICRORRELATOS MINEROS

XXI CONCURSO DE
Microrrelatos Mineros
Manuel Nevado Madrid

© Fundación Juan Muñiz Zapico
Edición: Fundación Juan Muñiz Zapico y Krk Ediciones
D. L.: AS-
Grafinsa. Oviedo

Índice

XXI Concurso de Microrrelatos Mineros

Manuel Nevado Madrid

Acta del jurado	9
---------------------------	---

PRÓLOGO

Benigno Delmiro Coto,

<i>El don de la brevedad y la concisión</i>	15
---	----

PRIMER PREMIO

Pablo Miguel Argudo,

<i>Respirar piedra</i>	31
----------------------------------	----

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO

Salvador Campos Jara, <i>4 de febrero de 1888</i>	37
---	----

ACCÉSIT MENORES 2º

Estefanía Jiménez Hernández,

<i>Lucha por la libertad.</i>	43
---------------------------------------	----

ACCÉSIT ASTURIANO

Montserrat Garnacho Escayo, *Matadures* 49

MENCIÓN ESPECIAL

Miguel Ángel Marín Gabriel, *Llara* 55

Vicente Borrás Aznar, *Polvo de carbón* 61

Josefa Jackelín Garrido Barría, *Lo inhumano de mí* . 67

David Andrés Castillo, *Caídos en Nicolasa* 73

Ana María Alcalde Marruedo, *Un día más* 79

Elísabet Felgueroso López, *Carbomán* 85

ACTA DEL JURADO

XXI Concurso de Microrrelatos Mineros
Manuel Nevado Madrid

El pasado 20 de junio de 2024, a las 12:00 horas, en la sala de máquinas del Pozu San Jerónimo, de Santianes, en Teverga, tuvo lugar el acto de presentación del XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid, organizado por la Fundación Juan Muñiz Zapico, de Comisiones Obreras de Asturias, así como las bases y cartel anunciador.

En esta edición, el plazo de presentación finalizó el 31 de octubre y se fijaron cuatro premios: un primer premio consistente en 600,00 euros, lote de libros y grabado del artista Manuel Calvo; y tres accésits valorados cada uno de ellos en 300,00 euros, más lote de libros para el mejor relato basado en testimonio histórico, para el mejor relato presentado por menores de veinte años y para el mejor relato escrito en asturiano.

Finalizado el plazo de recepción de obras, fueron presentados un total de 347 relatos de veintidós na-

cionalidades distintas. Registrados los mismos, las obras fueron enviadas a las personas del jurado que compusieron el tribunal del XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid, para su lectura y valoración.

En esta XXI edición del Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid, el jurado, presidido por Benigno Delmiro Coto, estuvo constituido por Ana María García, Idoia Unzueta, Lucía Falcón, Ramón García Piñeiro y Aitana Castaño, actuando como secretario Manuel Antonio Huerta Nuño, director de la Fundación Juan Muñiz Zapico.

Queda constancia, en esta acta, que el jurado se reunió de manera presencial el día dos de diciembre de 2024. Tras varias deliberaciones, se llegó a las conclusiones y acuerdos que seguidamente se detallan en relación al relato ganador, los acésits y las menciones especiales que se han considerado.

Por lo tanto, reunido el jurado del XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid, promovido desde la Fundación Juan Muñiz Zapico, siendo las 18:00 horas del lunes,

dos de diciembre de 2024, se acuerda conceder los premios y menciones que a continuación se detallan:

PRIMER PREMIO como ganador del XXI Concurso de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid, al relato titulado *Respirar piedra*, presentado bajo el pseudónimo *Silíceo*, siendo su autor Pablo Miguel Argudo, de Valencia.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO a la obra titulada *4 de febrero de 1888*, presentada bajo el pseudónimo *Maximiliano Tornet*, cuyo autor es Salvador Campos Jara, de Huelva.

ACCÉSIT MENOR de 20 años al relato titulado *Lucha por la libertad*, presentado bajo el pseudónimo *E. J. Hernández*, siendo su autora Estefanía Jiménez Hernández, de Miranda de Ebro.

ACCÉSIT ASTURIANU al relato titulado *Mata-dures*, presentado bajo el pseudónimo *Esperanza*, siendo su autora Montserrat Garnacho Escayo, de Mieres.

También se ha concedido una mención especial atendiendo a su calidad, a los siguientes relatos: *Llara*, de Miguel Ángel Marín Gabriel, de Majadahonda.

Polvo de carbón, de Vicente Borrás Aznar, de Godela, Valencia.

Lo inhumano de mí, de Josefa Jackelín Garrido Barría, de La Araucanía, Chile.

Caídos en Nicolasa, de David Andrés Castillo, de České Budějovice, República Checa, en la categoría de Testimonio Histórico.

Un día más, de Ana María Alcalde Marruedo, de Cetina, Zaragoza, en la categoría de Menores de 20.

Carbomán, de Elisabet Felgueroso López, de Suanes, Cantabria, en la categoría de Asturiano.

En Oviedo, a dos de diciembre de 2024

PRÓLOGO

BENIGNO DELMIRO COTO

El don de la brevedad y la concisión

Resulta complicado diferenciar con claridad las características fundamentales del microrrelato. La diversidad de textos publicados y los modos discursivos empleados, así como su carácter híbrido e intertextual complican enormemente hallar una definición precisa. Se suele acudir a su campo semántico para dilucidar su identidad: cuento en miniatura, microcuento, cuento minúsculo, minicuento, cuento hiperbreve, ficción súbita, cuento microscópico, cuento brevísimo, etc. Expresiones todas que aluden a lo más obvio: su brevedad.

Se recrean tanto en la concisión y en la economía de medios que requieren una especial atención y reciprocidad ya que muy pronto, quienes están leyendo, perciben que puede irrumpir en cualquier momento el misterio, la sorpresa, el ingenio, el juego intelectual, las referencias múltiples, la ironía, el desconcierto o un final abrupto, abierto e inesperado.

Sus contenidos apelan de forma directa a la enciclopedia cultural de quienes los reciben. Nos transportan por su poder evocador a varios ámbitos al unísono: el personal, emotivo y sentimental; el ideológico, conceptual y cultural; el temático, mítico y simbólico y el histórico-literario, épico y legendario.

Los microrrelatos animan a ser realistas no en su sentido más trivial (adaptarse a lo inmediato), sino para asumir la incertidumbre de lo real. Para presentir que existe una porción de lo posible —y deseable— que siempre permanece intacta y recóndita dentro de lo real. Según Ernst Bloch, hasta en los proyectos de emancipación derrotados en el pasado queda en reserva siempre un «excedente utópico» que permitirá acceder a una visión más amplia y lúcida de nuestras luchas actuales. Al mostrar las carencias del presente, el excedente utópico también actúa como una conciencia crítica que denuncia lo que no funciona y señala el camino hacia lo que podría (y debería) existir.

En las ideologías que no se agotaron del todo en su época, ni siquiera una vez desaparecidos los grupos sociales que las sustentaron, queda el poso

de un remanente cultural no extinto que servirá de base potencial para vislumbrar en el futuro nuevas perspectivas.

TEMÁTICA RECURRENTE

Los relatos que tratan de la extracción de minerales demuestran que sí es posible escribir con los moldes de una literatura popular, enraizada en la historia, inconformista y combativa. Muy crítica con las rutinas y la pasividad de los grupos dirigentes de todos los signos políticos. Y que descubre los viejos problemas económicos y culturales; así como las contradicciones pendientes de resolver. Ha de rememorar alguno de los episodios del pasado donde la intervención de los trabajadores diese lugar a cambios trascendentes en el estado de cosas existente.

La literatura que trata de las minas y de quienes las laboran hay una serie de patrones o ideas que se repiten a lo largo de diferentes obras, a menudo conectándose con temas más universales. Estos motivos pueden ser situaciones, símbolos, personajes o incluso estructuras que se presentan de forma continuada, enlazando así las obras de esta serie literaria a través del tiempo y el espacio.

Entre los motivos temáticos presentes en estos diez micromineros figuran las enfermedades profesionales más frecuentes, entre las que destaca, tal como aparece en el relato ganador, la silicosis. Entre las fechas históricas más significativas se alude a la manifestación de los mineros de Riotinto reprimida violentamente por soldados del ejército español, el 4 de febrero de 1888; y el accidente, el 31 de agosto de 1995, con resultado de catorce mineros muertos en el Pozo Nicolasa de Mieres.

La huelga es el principal recurso al que se ven abocados los mineros para defenderse de la voracidad patronal. Las explosiones del gas grisú resultan siempre demoledoras. La brutal represión fascista que se cebó con los mineros, una vez acabada la guerra civil española. Las apariciones del fantasma de Carbomán, un minero muerto tras un accidente en el interior de las instalaciones. El pavor que se siente cuando se va a depositar en lo más hondo de la mina un cartucho de dinamita que desatasque la bajada del carbón depositado. Los derrabes que dejan dentro a trabajadores, sin que pueda saberse desde el exterior quienes han sobrevivido. El peligro, cual espada de Damocles, que se cierne

de continuo sobre los mineros en el interior de las explotaciones es como el cuchillo aquel de los versos de Miguel Hernández: «Un carnívoro cuchillo / de ala dulce y homicida / sostiene un vuelo y un brillo / alrededor de mi vida».

En todos estos textos se ejercita la memoria histórica que, considerada como almacén y caudal de vivencias colectivas, se ha convertido en uno de los componentes más reveladores de la cultura actual. Al tiempo que inspiradora de reivindicaciones fruto de acontecimientos relevantes del pasado. Y también como referente con el que se batalla desde las distintas posiciones ideológicas. La memoria se refiere a la forma en que los contrapuestos grupos sociales construyen y recuerdan el pasado histórico, a menudo condicionada por las circunstancias del presente. No es simplemente un registro objetivo de eventos pasados, sino una construcción social variable según lo rememorado, la perspectiva adoptada y los intereses de quienes la recuerdan.

Literatura testimonial representada como una especie literaria que utiliza el hecho social para estructurar una unidad discursiva. Esta es el fruto de elementos de distinta naturaleza y despierta el in-

terés tanto de las ciencias sociales, como de la antropología, la psicología y, particularmente, de la historiografía.

APUNTES SOBRE LOS CONTENIDOS

En el relato ganador, *Respirar piedra*, de Pablo Miguel Argudo, se aborda de manera original la particular lucha contra la enfermedad más acuciante de los trabajadores. La neumoconiosis o enfermedad del pulmón negro está causada por la inhalación prolongada de las partículas desprendidas por el carbón mineral. Estas se van depositando en los alvéolos: que son esos pequeños sacos de aire ubicados al final de los bronquiolos. Se desencadena así una respuesta inflamatoria que, con el tiempo, da lugar a una fibrosis pulmonar irreversible. Tal como se precisa en el mismo texto: «Los médicos tienen nombres para esto, palabras largas que intentan explicar cómo el aire se vuelve piedra dentro de uno... Cada inspiración fue, desde entonces, un pacto con la mina. Un intercambio de naturalezas: yo le entregaba mis alvéolos rosados y ella me devolvía su esencia negra, su eternidad mineral».

En el Accésit testimonio histórico, *4 de febrero de 1888*, de Salvador Campos Jara, el protagonista es un niño que describe en primera persona la situación insostenible por la que atraviesa su familia. Esta vive medio asfixiada bajo el humo de «esos montones de mineral que se ponen a quemar para que suelten el azufre y dejen al final el cobre puro».

Lo que late en el contenido es el preciso momento histórico en el que el capitalismo industrial mostró su peor cara en Huelva. Se le conoció como «el año de los tiros». Ese mismo día, se llevó a cabo una manifestación de mineros y agricultores contra el sistema de beneficio del mineral de cobre: las calcinaciones al aire libre o teleras, que producían humos insoportables. Tres días antes de esa fecha, los trabajadores de la RTCL habían iniciado una huelga en la que, entre otras cosas, reclamaban la prohibición de las «teleras» por la toxicidad de los humos que emitían. La movilización terminó trágicamente con un número de muertos y heridos nunca aclarado.

Un regimiento del ejército español disparó contra una muchedumbre que protestaba contra las insostenibles condiciones laborales. Las familias de

muchos de los fallecidos enterraron a sus muertos clandestinamente para evitar las represalias de la Rio Tinto Company Limited.

En el «accésit menores 20», *Lucha por la libertad*, de Estefanía Jiménez Hernández, se destaca a un personaje llamado Manuel: «un hombre de manos callosas y mirada firme, que conocía el laberinto de túneles como la palma de su mano». Sucedió en plena dictadura franquista, cuando estaban prohibidas las palabras dichas en público y las reuniones de más de tres personas. Manuel y su grupo fueron enlazando meticulosamente los hilos que componían el dibujo de una huelga obrera. Y todo ello a pesar del miedo, de la represión, de las detenciones y de las amenazas de tortura y despido. Al final, Manuel ha tenido la suerte que no tuvieron tantos otros que habían luchado a su lado y ya, conseguida la democracia, pudo contarle a su hija todo lo que fueron consiguiendo a través de la organización sindical y la movilización social.

En el «accésit asturiano», *Matadures*, de Montserrat Garnacho Escayo, narra una huérfana de padre minero, muerto en un accidente provocado por una explosión de grisú. Cuando un día esta-

ba sentada junto con su madre en un bar próximo a un pozo donde se había producido otra hecatombe. Al lado de la mesa donde ellas tomaban su café, «xusto al llau sentóse un señor d'unos cuarenta y picu, mui finu y mui compuestu, yera médicu. Y nesto va y levanta la manga pa mirar la hora, así como nerviosu, con prisa, y cuando mio ma vio aquel reló por poco se desmaya del sustu». Estaban tan cerca que la madre pudo darse cuenta de que se trataba de un Omega que, según él les manifestó a continuación, le había sido regalado por su abuelo Ramón. Este había sido capataz por aquel entorno, unos cuantos años atrás, y era conocido con el apodo de *Mataperros*. En un proceso de agnición, la madre le fue desgranando al señor unas cuantas señales biográficas, de recordatorio, relacionadas con aquel reloj, todas espeluznantes... «¿Y tu pues creyer, Carmen, qu'aquel rapaz echó a llorar y pidió-y perdón a mio ma y devolvió-y el reló? Agora trailu Llara».

En la «Mención especial», *Llara*, de Miguel Ángel Marín Gabriel, ha habido un derrabe y han quedado atrapados en el interior de la mina, entre otros, los maridos de Nieves y Llara. Mientras tanto ellas se

encuentran ahora ensimismadas en la dura tarea cotidiana del lavado de las ropas propias del trabajo minero: «sus manos, llenas de sabañones, con las uñas quebradas por el esfuerzo y la impotencia para eliminar aquellos restos de carbón que se prendían de la ropa que Pelayo, tres días atrás, le había dejado como último recuerdo antes de volver a la mina». Intentan no pensar ni hablar de lo que les pueda estar sucediendo a sus esposos. Los cuales, en esta ocasión, consiguen esquivar el hachazo de la obstinada parca.

La «Mención especial», *Polvo de carbón*, de Vicente Borrás Aznar, tiene como protagonista a un niño que todos los días se presentaba en el pozo minero para abrazar a su padre, cuando salía de la jaula camino del vestuario. Y este siempre le decía: «¡Hijo! ¿Otra vez aquí? Prefiero que me esperes en casa». Aunque, cariñoso, a continuación, lo aupaba en brazos y lo besaba. Han pasado tres años desde que su padre ha fallecido víctima del polvo del carbón, pero su hijo sigue acudiendo, puntualmente, al mismo lugar de siempre: «Pero él se resistía, no quería que fuera verdad y mañana, una vez más, volvería a la puerta del pabellón con su gorra de viserita, se mancharía la cara con el pol-

vo de los mineros y esperaría, ¡a ver si había más suerte!».».

«Mención especial», *Lo inhumano de mí*, Josefa Jackelín Garrido Barría, ahonda en la reflexión lacerante de un minero. Este, en el mismo día en que se produce un terrible accidente que siega la vida de varios obreros, había abandonado la faena porque se trataba de las horas extras que él siempre rechazaba. Entendía que ya era suficiente trabajo el cumplir a diario la estricta jornada laboral. En el momento de abandonar los tajos, notó cómo la tierra parecía ceder y se deslizaba por la gigantesca montaña donde se encontraba la mina. Dudó entre salir corriendo para salvarse o dar la vuelta para avisar a los compañeros que quedaban adentro. Pero, como era novato, y no había conseguido aún el más mínimo respeto de los demás, nada hizo y a nadie avisó de lo que se les venía encima. Se convenció a sí mismo de que podría tratarse de una falsa alarma y temió que sus colegas se riesen de él, cosa que ocurría a menudo, y que no volvieran a creer en él ya nunca más. El resultado fue que quedaron sepultados bajo tierra, por culpa de su indecisión, abuelos, padres e hijos.

«Mención especial», *Caídos en Nicolasa*, David Andrés Castillo. El 31 de agosto de 1995 fallecieron catorce mineros en la planta octava del Pozo Nicolasa, en Mieres. Es considerada la mayor tragedia de la minería pública en Asturias. Entre los muertos se hallaban diez mineros asturianos pertenecientes a la empresa HUNOSA y cuatro mineros checos de la subcontrata SATRA. Todos tenían entre 29 y 43 años.

En el microrrelato, un minero de la ciudad checa de Kárviná, un día de la primavera de 1994, pidió el finiquito en la empresa OKD y adquirió un billete de avión con destino a otro país desconocido: «Solo pertenezco a la mina —pensó— así que, qué más da si es esta u otra al otro lado del mundo, la oscuridad siempre es la misma, al fin y al cabo, nacimos solos y morimos solos, por lo menos voy a intentar elegir el paisaje». A las 3:15 horas de aquel 31 de agosto de 1995, a 400 metros de profundidad, en los subniveles de la capa 8 de la quinta planta, fue alcanzado por una horrenda explosión de grisú.

Mención especial, *Un día más*, Ana María Alcalde Marruedo. Un minero se encarga de una de las tareas más temibles y audaces con el manejo de la

dinamita. Mientras lo bajaban al lugar donde debía poner el cartucho, piensa que, en aquellas profundidades, «habita un ser sin rostro, que carece de nariz, boca y orejas. En su tez tiznada por el carbón tan solo brillan dos piedras negras, capaces de incendiarse en cualquier momento». Librarse cada día de tal monstruo del averno es conseguir una victoria en favor de la vida.

Mención especial, *Carbomán*, Elísabet Felgueroso López, en lengua asturiana. Conocido como Carbomán o Cabromán es un picador incansable. Cuando solo le quedaban seis meses para prejubilarse, pinchó una bolsa de grisú que lo llevó al otro mundo.

Lo extraordinario sucedió después de haber ocurrido el accidente. Carbomán se le apareció una noche al narrador de esta historia para lanzarle una advertencia: «Vino y díxome que la muerte nun ye como la imaxinamos. Que se pasa muncho frío. Que la fame ye perpetua. Y, dende entóncenés, entamó a siguime como si fuere la solombra de la mio propia alma». No se puede librar de él ni un solo instante. Cuando le pregunta el porqué lo ha elegido a él, le responde que él es el más alegre y simpá-

tico de todos y, además, fue quien le puso el mote. Así que el narrador duda ahora sobre la forma de librarse del fantasma, aunque teme, si llegara a suicidarse, que «tenga de pasar la eternidá escuchando'l so llamentu y la voz triste de tolos collacios que morrieron atrapaos nes fauces asesines qu'escuclen agazapaes tres una bocarrampla».

PRIMER PREMIO

PABLO MIGUEL ARGUDO

Respirar piedra

Antes del primer aviso, el aire entraba limpio en mis pulmones. Recuerdo esa última bocanada de cielo abierto: el aroma a eucalipto, la humedad del amanecer, la promesa del día nuevo. No sabía entonces que sería la última vez que respiraría así, que el oxígeno bailarían tan ligero dentro de mí. En la superficie, todavía ignorante, mis pulmones se expandían con la libertad de quien no conoce su destino. El viento del norte traía entonces el sabor de las montañas, y cada inhalación era un regalo que daba por sentado, como tantas otras cosas antes de la mina.

La primera señal fue sutil, como un beso de polvo en los bronquios. Un roce mineral, apenas perceptible, que se fue haciendo nido en los pliegues más profundos del aliento. Los médicos tienen nombres para esto, palabras largas que intentan explicar cómo el aire se vuelve piedra dentro de uno.

Pero yo lo sentí antes de que ellos lo dibujaran en sus radiografías: el carbón había empezado a amarme por dentro. Al principio intenté negarlo, como todos. Me decía que era el frío de la madrugada, el cambio de estación, quizás un resfriado que se resistía a marcharse. Pero en las noches, cuando el silencio amplificaba cada respiración, podía escuchar el suave crepitar del polvo construyendo su arquitectura de cristal en mis alvéolos.

Cada inspiración fue, desde entonces, un pacto con la mina. Un intercambio de naturalezas: yo le entregaba mis alvéolos rosados y ella me devolvía su esencia negra, su eternidad mineral. No fue una invasión violenta, sino una danza lenta, un cortejo de polvo y tiempo. Mis pulmones aprendieron a filtrar estrellas de carbón, a convertir cada bocanada en un universo oscuro y brillante. A veces, en la profundidad del tajo, cuando la lámpara del casco dibujaba sombras en las paredes húmedas, me parecía que la mina respiraba conmigo, que su aliento antiguo y el mío se habían vuelto uno solo. El polvo de carbón flotaba en el haz de luz como una galaxia en miniatura, y yo entendía que estaba presenciando mi propia transformación.

Ahora, mientras escucho el crepitar cristalino de mi última respiración, entiendo que nunca hubo manera de evitarlo. La mina siempre encuentra el camino para convertir a sus hijos en parte de ella. Mi cuerpo ya no lucha: acepta esta metamorfosis con la serenidad de quien reconoce, al fin, su verdadera naturaleza. En el espejo de la madrugada, mis ojos brillan con polvo de antracita. El aire se ha vuelto denso y precioso dentro de mí, cada respiración es un tesoro negro que custodio con celo. Me he convertido en la veta más profunda de mí mismo, en galería viviente, en mineral que respira. La mina y yo hemos sellado nuestro pacto final: ella vivirá en mis pulmones hasta que mi último aliento se convierta en polvo de estrellas.

ACCÉSIT TESTIMONIO HISTÓRICO

SALVADOR CAMPOS JARA

4 de febrero de 1888

Yo soy chico todavía y no entiendo de esas cosas. Es que lo que más hago yo es ir al monte a por jaras y brezos para que mi madre encienda las teleras. Las teleras son esos montones de mineral que se ponen a quemar para que suelten el azufre y dejen al final el cobre puro. Son grandes como una casa y se quedan encendidas por dentro echando humo sin parar durante meses y meses. Por eso hay que estar pendientes de que no se apaguen. Eso es lo que hace mi madre casi todo el día, menos cuando duerme o cuando nos prepara de comer a mi padre y a nosotros. Ella tiene de siempre unos tos muy mala, pero los días de manta se pone la pobre que no puede ni hablar. Los días de manta es cuando el viento, en vez de llevarse el humo, lo deja extendido sobre el pueblo y la mina como si fuera una manta, pero una manta oscura. Y entonces aquí abajo no se ve nada, lo mismo que de-

bajo de una manta, ni de aquí a ahí, nada lo que se dice nada.

Yo soy chico todavía y no entiendo de esas cosas, pero qué poca gracia tuvo el que les puso «teleras» por el parecido a las teleras de pan, el pan bazo que se come aquí en la cuenca y que tiene esa forma como de pirámide. ¡Hay que ver lo bonita que es y lo rica que está una telera de pan..., y el trabajito que da y la peste y el mal cuerpo que dejan las del mineral! Que se lo digan si no a mi madre: hasta una buena rebanada de pan con aceite le da fatigas los días de manta. Y encima, como no se puede trabajar porque ni se ven tres en un burro ni se puede respirar siquiera, encima, esos días la Compañía paga solo el medio jornal.

Yo soy chico todavía y de esas cosas no entiendo, pero lo que dice mi madre tiene toda la razón del mundo. Chicos y grandes, hombres y mujeres tienen todos que firmar el papel y reunirse para ir juntos al Ayuntamiento a reclamar. Aunque no sepamos escribir y tengamos que poner el dedo. Aunque se pierda el día de tajo y aunque los capataces nos amenacen con no volver a llamarnos... Que sí, que es justo cobrar el jornal completo los días de

manta. Que hay que firmar. Que tenemos que ir todo el pueblo a la manifestación y pedir lo que es nuestro. Vaya, aunque nos maten a tiros en la plaza.

ACCÉSIT MENORES 20

Estefanía Jiménez Hernández

Lucha por la libertad

En el corazón de Asturias, la mina era más que un lugar de trabajo; era el pulso de la resistencia. Durante la dictadura franquista, los mineros luchaban no solo por su sustento, sino por la libertad que les habían robado. Entre ellos estaba Manuel, un hombre de manos callosas y mirada firme, que conocía el laberinto de túneles como la palma de su mano.

Cada mañana, al bajar a la mina, sentía la presión del silencio. Las palabras estaban prohibidas, pero, en la oscuridad, sus compañeros intercambiaban miradas cómplices y gestos de determinación. En el fondo de la tierra, la lucha se formaba entre los ecos de los picos y el ruido del carbón.

Una noche, mientras el frío se colaba por los huecos del túnel, Manuel y su grupo decidieron organizar una huelga. Era un acto de valentía en un país controlado por el miedo. «No podemos se-

guir así», dijo Manuel, su voz resonando con fuerza. «Por nuestras familias, por nuestra dignidad».

Las semanas pasaron y la tensión creció. Fuera de la mina, la represión era feroz. Las autoridades respondieron con amenazas y detenciones, pero los mineros se mantuvieron firmes. Manuel recordaba las historias de su padre, quien había sido encarcelado por sus ideales. La lucha por la libertad era un legado que debía continuar.

Una tarde, un estruendo en la entrada del túnel hizo que el corazón de todos se detuviera. «¡Deténganse!», exigieron las autoridades. «No hay vuelta atrás», se dijo Manuel a sí mismo con la respiración agitada. Con valentía, se plantaron frente a los agentes, mientras los gritos de fuerza y protesta sonaban en la calle.

La noche se volvió un símbolo de resistencia. A medida que las calles se ocultaban en la oscuridad, Manuel sintió que la unidad de su gente era más fuerte que cualquier arma. Sabía que, aunque la represión intentara silenciarlos, sus voces nunca se apagarían.

Finalmente, tras días de tensión, la noticia de la huelga se extendió por todo el país. Las ciudades

comenzaron a apoyar la causa. En cada rincón, la lucha por la libertad se encendía como una llama. Manuel sonrió, sintiendo que el sacrificio de tantos no había sido en vano.

Años después, cuando la dictadura terminó y la democracia floreció, Manuel volvió a la mina. Con su hija de la mano, se detuvo en la entrada y miró hacia adentro. «Aquí luchamos por un futuro», le dijo. «Y hoy, ese futuro es nuestro». Dentro de él, el eco de la resistencia aún retumbaba, recordándole que la libertad siempre vale la pena.

ACCÉSIT ASTURIANO

MONTSERRAT GARNACHO ESCAYO

Matadures

¡Ai, Carmen, cuando mio ma sintió aquella sirena! Acababen salir pa escuela Tonín y Llarina. Y p'allá como lloques, anque de casa nun pudiere ser nengún, Ramiro andaba pel mundu col camión y el mio hermanu Toño taba n'economatos. Y mio pá, por desgracia, yá se matara ellí diecinueve años atrás. Nel 63. Un martes. Un 8 de xineru. Una explosión de grisú na quinta. Mira qué regalu nos punxeron los Reis. Cinco muertos. Y d'ésta, cuatro. Un derrabe pente la sétima y la octava. Tardaron diez díes pa sacarlos. El 20 de diciembre, un domingu. Mira qué navidaes. Y bueh, que tábemos ellí a la boca'l pozu y hacia les doce crucemos a tomar un café al bar de *La Malagueña*, enfrente. Otra viuda. De *Santo Tomás*. El 14 de agosto del 67, un lunes. Tenía yo diez años. Once, esa vez, tengo grabaes les sirenes y l'entieru, pero nun yera d'eso de lo que quería falate.

Y nada. Y sentémosnos elli onde la ventana col café y xusto al llau sentóse un señor d'unos cuarenta y picu, mui finu y mui compuestu, yera médicu. Y nesto va y lleva la manga pa mirar la hora, así como nerviosu, con prisa, y cuando mio ma vio aquel reló por poco se desmaya del sustu. Y diz-y ella, perdona, ¿podría enseñame esi reló? Y l'otru, claro, aplanáu, pero allargó-y el brazu y diz-y él, peragradable: un tesoru. Regalómelu mio güelu Ramón cuando terminé la carrera. Que, por cierto, anduvo dalgo per equí, yera capataz nun chamizu de pa ehí p'arriba nun sé ónde. Ramón Sánchez Velasco, pero al paecer la xente llamaba-y *Mataperros*. Un omega. Una reliquia, ¿eh? Y diz-y mio ma, sí... ¿Y por casualidá nun tendrá grabao *Esperanza, 4 d'Ochobre de 1934*, nel caxellu? Y maxina l'otru, la cara. Y diz él, ¿por qué lo diz? Y mio ma, pues mire, porque una matadura como ésta que tien equí xunta la rosca, fízo-yla'l mio hermanu Toñín con cinco años al de mio pá tentando d'alzar un hachu que pesaba muncho y que por poco nun-y corta de pasu la mano. Y porque téngolo grabao nel corazón porque la última vez que vi'l reló fue la última vez qu'abracé la mano de mio pá, llevábalu puestu

la nueche del 7 de marzu de 1940 cuando lu sacaron de casa los fascistes, pero cuando apaeció tiráu pela mañana na escombrera, yá nun lu tenía. Nin reló nin botes nin chaqueta nin petrina nin boina. Nin cara, arrancáran-yla tamién a culatazos. Conocímoslu pola matadura la muñeca. Y porque resulta que yo nací'l 4 d'ochobre del 34, el día que mio pá entró a trabayar equí en La Rebaldana y mio güelu Antón regaló-y el so reló de pulsera y él grabó-y esa fecha y el nome pa que-y dieren suerte. Y yo llámome Esperanza, mírelo si quier equí nel DNI.

¿Y tu pues creyer, Carmen, qu'aquel rapaz echó a llorar y pidió-y perdón a mio ma y devolvió-y el reló? Agora trailu Llara.

MENCIÓN ESPECIAL

MIGUEL ÁNGEL MARÍN GABRIEL

Llora

Su mirada severa, adusta, se dirigía a sus manos, llenas de sabañones, con las uñas quebradas por el esfuerzo y la impotencia para eliminar aquellos restos de carbón que se prendían de la ropa que Pelayo, tres días atrás, le había dejado como último recuerdo antes de volver a la mina. Frotó nuevamente con saña contra el granito de la fuente, tomando aire la prenda a la par que lo hacía Llara para volver con mayor ahínco sobre el objeto de su tenaz tarea. Apenas sensibles, sus dedos, adormilados por el esfuerzo y el frío agua que remansaba en el pilón, tornaban ora pálidos, ora violáceos entre la espuma que el jabón de Lagarto creaba alrededor de las costuras y los remiendos que había zurcido a lo largo de los años.

Nieves, recién llegada a la fuente, frunció el ceño interrogando silenciosa a Llara quien, de forma casi imperceptible, negaba con la cabeza, dando por zanjada la conversación apenas iniciada.

Eran muchos días, muchas horas sin saber de su marido desde su incursión en la mina. Desde la extracción de los últimos mineros aún con vida tras el derrabe. Sin embargo, supersticiosa, creía que conservar las tareas cotidianas podrían ayudarla a recuperar el cotidiano regreso de su marido con la puesta de sol. Como quien calzándose primero el pie derecho garantiza el devenir de una jornada afortunada. Entornó temblorosos los párpados evocando su aroma a sudor, a esfuerzo y a hornaguera. Apenas perceptible, una discreta lágrima cayó de su rostro y dibujó una serie de ondas concéntricas que venían a morir en la piedra donde Nieves sumergía las sábanas que, esta vez sí, su marido calentaría por la noche tras esquivar a la parca.

Cuando Llara alzó de nuevo la mirada, intuyó una presencia a su espalda. El agua le devolvía el reflejo ondulante de su esposo que, tiznado y macilento, hincaba sus rodillas tras ella para abrazar su mandil empapado, plegado como un crío se acurrucaba entre los senos de su madre.

El carbón no engulliría aquella noche su alma para integrarlo en la oscuridad de su materia, sino que sería Llara quien, victoriosa, curaría las heridas

que a modo de oscuros cimbres se habían extendido en sus entrañas.

MENCIÓN ESPECIAL

VICENTE BORRÁS AZNAR

Polvo de carbón

Tenía nueve años y estaba sentado sobre un banco de piedra. El jersey le venía grande y cubría parte de sus manos. Hacía un poco de frío y le venía bien. Tenía la cara llena de polvo de carbón y sobre ella sobresalía la mirada penetrante de sus ojos negros. Una gorra de esas de estilo irlandés, con una pequeña viserita, le daba aire de más mayor, aunque sus pantalones cortos lo delataban. Faltaba poco para la hora. Ese momento en que se oía una sirena, la rueda del pozo comenzaba a girar y se escuchaba cómo los hierros de la estructura chirriaban estruendosamente. Un rato después ese ruido se paraba y se abría de golpe la puerta metálica del elevador, vomitando a un grupo de hombres que, casi en silencio, se precipitaba adentro del pabellón de los vestuarios. Sus ojos apenas se veían detrás de la mugre de sudor y polvo de carbón. Algunos todavía llevaban los anteojos que les protegían

del polvo y de la luz del día, aunque esta era gris una vez más. Llovía, poco, pero llovía. Si alguno hablaba, otro contestaba con monosílabos. Les apremiaba escapar de la oscuridad, de la falta de aire fresco, del hambre y del agotamiento. Pasaban indiferentes delante de él. Nadie se preguntaba quién era aquel niño que parecía buscar a alguien entre aquellas sombras. Entre aquellos hombres.

Después, a través de una ventana alta y medio abierta, se escuchaba el ruido de las duchas y los grifos, vertiendo agua sobre los cuerpos de los mineros. El jabón arrastraba los restos del carbón adherido a su cara, a sus manos, pero no podía arrancar el polvo de carbón de sus pulmones. Muchos tosían, incluso se podía escuchar cómo algunos escupían al suelo de la ducha, intentando deshacerse de aquel negro invasor que lo impregnaba todo. Al final, en no más de quince minutos, salían los primeros. Hablaban y hasta alguno se reía. Parecían otros. Eran otros.

Con el último, uno que parecía que arrastraba un poco un pie, se hizo el silencio de nuevo. Los vio alejarse. Lo que habría dado porque uno de ellos, uno que tuviera sus mismos ojos negros y llevase

su gorra con viserita, al verle, se acercase y le dijera: «¡Hijo! ¿Otra vez aquí? Prefiero que me esperes en casa».

Después, le habría cogido en brazos, dándole un beso largo y fuerte que le hundía la mejilla, como hacía siempre. Aunque del último hacía ya casi tres años. Tres años desde que su madre le dijo «el papá ya no subirá más, está en el cielo, ha sido por el polvo de carbón, aunque allí respirará mejor».

Pero él se resistía, no quería que fuera verdad, y mañana, una vez más, volvería a la puerta del pabellón con su gorra de viserita, se mancharía la cara con el polvo de los mineros y esperaría, ¡a ver si había más suerte!

MENCIÓN ESPECIAL

JOSEFA JACKELÍN GARRIDO BARRÍA

Lo inhumano de mí

Si las banales cartas del destino me hubieran mostrado una opción diferente, ¿la habría tomado? Difusos son los monstruosos recuerdos de aquel fatídico día, sin embargo, las tortuosas imágenes penetran en mi psique, privándome de consuelo y descanso. Pero, ¿cómo podría haberlo sabido? Ellos seguían haciendo horas extras, fue su decisión... ¡mi horario laboral ya había terminado! Me apresuré a la salida de la mina, y la razón hasta el día de hoy sigue siendo un misterio para mí; una corazonada tal vez, o simplemente una coincidencia. Eso es lo que me repito cada mañana para poder vivir conmigo mismo, pero la terrible verdad está lejos de ser. Alta era la montaña sobre el tugurio que llamábamos mina, y su superioridad se imponía sobre todos nosotros, cual emperador sobre su plebe. Las risas siempre fueron en cuantía. Dichosos mis compañeros al compartir tan envidia-

ble camaradería, pero el joven y nuevo remedo de minero debía ganarse el respeto de sus colegas y, al no poseer un atisbo de experiencia previa, era una misión hasta donde yo sabía imposible. Mi trémula voz no fue una ayuda al momento de desenvolverse, y mi opinión era objeto de burla para ellos: lo que me decidió a callar cuando escuché el primer rugido de una sentencia de muerte inminente. Segundos después dieron las cuatro. Me apresuré a la escalera, y al salir observé como la tierra cedía poco a poco, deslizándose por la gigantesca montaña. Advertir, ayudar, salvar, eso es lo que hace un ser humano. Tenía tiempo suficiente, pero cuando estuve a punto de bajar, dudé. Me cuestioné si podría ser un derrumbe o solo una falsa alarma. De ser la segunda opción sabía que mis compañeros no volverían a creer en mí, lo que me condujo a pensar de forma egoísta y despreciable, «después de todo, un derrumbe es mejor que mi propia vergüenza». En el tiempo que pasé debatiendo conmigo mismo, la fragilidad que evitaba el desastre colapsó, y el segundo rugido hizo vibrar el suelo con violencia. El clamoreo de aquellos hombres fue lo último que escuché antes de echar a correr y, sin mirar atrás, me

alejé, tropezando con todo a mi paso. Las esposas incrédulas con lo que se presentaba ante sus ojos soltaban los almuerzos que llevaban para sus maridos, fue al verlas que empecé a detenerme. Mientras yo no tenía a nadie que me esperara en casa, ellas rezaban a Dios cada mañana por su seguridad y pronto retorno. Yo se los arrebaté. Sepultados bajo tierra por culpa de mi indecisión quedaron abuelos, padres e hijos. Lo peor del caso es que proferir arrepentimiento no es más que un camelo, pues de haber previsto el trágico y amargo incidente, lo único contrario a lo ocurrido sería la falta de mi huraña presencia aquel día. He ahí lo inhumano de mí.

MENCIÓN ESPECIAL

DAVID ANDRÉS CASTILLO

Caídos en Nicolasa

«Ostravo srdce rudé / zpečetěný osude»

«Ostrava corazón rojo / destino sellado»

*A Michal Klenot, Milan Roček, Luděk Dvořák
y Vlastimil Havlík*

Las minas, en la ciudad checa de Kárviná, son húmedas y con sabor a aguardiente y a metal. Llueve tanto en Silesia que la negrura se pega alrededor de los ojos como una sombra en el alma, y no sale después del turno porque las uñas se aferran a ella, como un esmalte tosco e intransigente. Todo es frío y dolor de huesos, excepto en invierno, porque las primeras nieves se agarran a la tierra y es entonces cuando se vislumbra la belleza melancólica que viste de blanco y negro la ciudad.

Un día de aquella primavera del 94, condujo por la calle del Ejército Rojo hacia las oficinas de la OKD por última vez y la ciudad le arrojaba en-

tre edificios grises y tilos en flor, vigilado en lontananza por la blanca torre de la plaza. De regreso, ufano y un tanto pendenciero, miraba el finiquito, tiznado por los bordes, y se lo guardó junto al billete de avión.

Ya no le quedaba nada en aquella ciudad ni en la vieja Ostrava, y su país se rompía silenciosamente como una nube de terciopelo rojo en medio de una tempestad económica y humana.

«Solo pertenezco a la mina» —pensó— «así que, qué más da si es esta u otra al otro lado del mundo, la oscuridad siempre es la misma, al fin y al cabo, nacimos solos y morimos solos, por lo menos voy a intentar elegir el paisaje».

La Mina de San Nicolás de Mieres sobrevive entre montañas verdes que miran a un mar cercano, sin llegar siquiera a tocarlo y el único recuerdo del blanco de la nieve es el de los cascos que cubren a los mineros, que miran a la jaula con la misma mirada negra que anticipa los misterios del pozo cada turno, las mismas risas y los planes al terminar la jornada con los compañeros.

Aquel último día de agosto había canícula en el turno de madrugada, se había levantado rezongo-

na la mañana y el ascensor repiqueteaba cuando bajaba, a trompicones, como buscando la aurora, mientras se adentraba en la dura tierra: carros, palas y luces en el abismo, interrumpidos por el temido temblor del grisú y, tras él, de repente, el ensordecedor silencio que bien conocen los hijos y las madres de la mina.

Arriba, ya en la superficie, la torreta de Nicolasa aguardaba a un séquito de monos negros y cascos blancos, todos dignidad y corazón, flanqueados por hombres cabizbajos de ojos negros que no ocultaban la rabia del destino de aquellos que parecen nacidos para el luto: corazones rojos envueltos en sábanas blancas, nacidos sin saberlo, o acaso sospechándolo un tanto, con sus destinos sellados.

MENCIÓN ESPECIAL

ANA MARÍA ALCALDE MARRUEDO

Un día más

En el lugar más extraño del universo habita un ser sin rostro, que carece de nariz, boca y orejas. En su tez tiznada por el carbón tan solo brillan dos piedras negras, capaces de incendiarse en cualquier momento.

Este ser misterioso ha creado el laberíntico dibujo que galerías, niveles y túneles trazan entre las rocas hacia el centro de la Tierra, conociendo a la perfección hasta el último rincón de su urbe subterránea.

Vaga como un alma errante por su mundo paralelo sin detenerse en ningún sitio concreto, mientras lo envuelve todo a su paso, invadiendo el ambiente con su aliento abrasador.

Olor a putrefacción, de madera húmeda y pizarra en descomposición, confluye con el de la pólvora justo antes de que suceda, advirtiéndome del peligro. Entonces, un instinto salvaje se apodera de

mí, sumiéndome en un estado de alerta, aferrándose a la supervivencia. Sin embargo, ya no puedo volver, la jaula baja... y baja... sigue bajando hacia el mismísimo averno, dónde habita el ser sin rostro.

De pronto, un ruido sordo me indica que he llegado al fondo del pozo. El golpe me saca de mi ensimismamiento.

—¡Juan! ¡Colócala ya! ¡Rápido!

Actúo mecánicamente, como si fuera un muñeco autómatas. Coloco el cartucho, enciendo la mecha con el candil de acetileno, y corro como si me fuera la vida en ello.

—¡Yaaaaa! —grito hasta quedar sin aire. Y me suben lo más rápido posible, mientras escucho caer la enorme mole de carbón que me hubiera compactado contra la fría roca. Después la explosión...

Por última vez en el día, respiro el enrarecido y ardiente suspiro de Hades y salgo por fin de la boca del lobo, junto con una legión de supervivientes tiznados de pies a cabeza por el carbón. Una sensación de victoria inunda el ambiente, hoy el hombre sin rostro no se ha salido con la suya.

Nota: Los pozos tolva se construían en las minas para descargar el mineral cuando había un fuerte desnivel entre galerías, evitando que pasase por el plano inclinado. A veces el mineral se atrancaba, presionado contra las paredes de la boca-rampa, entonces, un minero tenía que introducirse en el pozo y colocar un cartucho de dinamita, haciéndolo explosionar para que bajase a la boca de carga. Esta era una arriesgada operación ya que el mineral se podía desatrancar solo y caer sobre él. Así de incierta y peligrosa es la vida de un minero, quienes con su fuerza de voluntad y valentía se implican en este duro trabajo día tras día.

MENCIÓN ESPECIAL

ELÍSABET FELGUEROSO LÓPEZ

Carbomán

A quien quedaron allá

Llamábenlu «Carbomán» porque tenía'l brazu como'l d'un superhéroe de Marvel: nunca cansaba de picar. Tenía'l vezu de rapase la cabeza pa disimular les entraes y usaba camisetes perciñies, tan, tan xustes, que mentía dafechu cuando afirmaba que nun-y prestaba presumir. Un día d'ochobre, baxó, soltando chancies, na xaula cayonca na que nun volvería xubir. El so cuerpu de plomu cayó vencíu dos hores dempués, cuando picó por error una bolsa de metanu; poco hai más que dicir, conocéis de sobra la poca piedá del grisú. Quedáben-y seis meses pa prexubilase, a Carbomán.

Pero nun vos vine a falar d'eso, la muerte nel tayu ye hestoria abondo común na tierra prieto que nos arrodia. Vine a contavos que, fai dos meses, una nueche terrible, mentanto la lluvia chiscaba con fuercia'l pálido reflexu de los cristales y les ñubes

escures cabalgaben como alloquecíos caballos prietos, Carbomán vieno a veme. Vilu ellí, xunto al requexu de la butaca que tengo nel cuartu. Diba vistíu col monu, llevaba la cabeza tapada col cascu, les mexelles entafarraes pol polvu cafiante de la cisca.

Vino y díxome que la muerte nun ye como la imaxinamos. Que se pasa muncho frío. Que la fame ye perpetua. Y, dende entóncenes, entamó a siguime como si fuere la solombra de la mio propia alma.

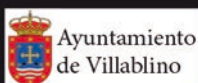
Cuando voi pel periódicu camina sele al mio llau, marmullando que la muerte ye prieta como una galería ensin lluz. Si me siento en sofá, pónseme al llau, ansiosu por contame lo lletos que sienten los güesos. Al duchame, siempre lu tengo en bide, entrugándose ú ta la salida a esi pozu de soledá. Nun sé si ta muertu del too o sigue atrapáu na galería. Dalguna vegada-y retuqué: «Carbomán, ¿por qué yo? ¿Por qué me lo dices a min?». Entós, él sorrí, per un instante, y dizme que me prefier porque soi'l más gayasperu de toos, el que-y punxo'l mote. Y alcuérdase de cómo lu llamaba a voces: «¡Carbomán!» o «¡Cabromán!», si quería toca-y más los coyones. También fala melgueru de la vez que-y ca-

mudé a Xosepín el bocadiellu de carne guisao pol mío de mortadela ensin que se decatase, o de cómo-y mandaba meter fueu a la carrucha a Bastián, que yera más vagu que mandáu a facer d'encargu. Son los únicos momentos nos que Carbomán nun pena, y yo suspiro alliviáu de nun tener que penar con él.

Y por eso toi equí, con esta soga al pescuezu. Debatiéndome ente dar la patada al calderu y suspendeme de la viga o non. Per un llau, paezme que saltar ye la única manera d'escapar a la voz de Carbomán. Per ottru, arródiame la medrana, l'amenaza firme de que la muerte m'ate pa siempre a Carbomán, y tenga de pasar la eternidá escuchando'l so llamentu y la voz triste de tolos collacios que morrieron atrapaos nes fauces asesines qu'escucen agazapaes tres una bocarrampla.

Este concurso de Microrrelatos Mineros lleva el nombre de Manuel Nevado Madrid, cordobés de nacimiento y asturiano de adopción, que desde el pozo María Luisa de Langreo se convertiría en el líder minero sindical y político antifranquista. La figura de Manuel Nevado es representativa de toda una colectividad, del conjunto de hombres y mujeres que con sus luchas forjaron la leyenda indómita de los mineros asturianos. A todos ellos rinde tributo este concurso literario.

Con el patrocinio y la colaboración de



www.fundacionjuanmunizzapico.org